

Reflexiones en torno a la dinámica interna campamental

Los campamentos de verano, como micromedios y representaciones de la sociedad, son un evento sociológico de primer orden. Actividad dentro del ocio alternativo y la educación no formal antes de la construcción de estos conceptos, tiene en la relación cotidiana entre el monitor y los/as acampados/as, su marco educativo. Buscando un modelo y unas pautas metodológicas como consecuencia de una sistematización de la práctica, los autores reflexionan sobre la dinámica interna del campamento; los elementos que la constituyen, el total socializador que representa, y su impacto, en los jóvenes participantes, tanto en el transcurso de la actividad como tiempo después. En la parte final, y tras resaltar la importancia del grupo y del campamento como continuo de constantes influencias, el artículo expone el tempo de la actividad desde la metodología de proyectos.

Palabras claves: universo juvenil, representación social, recuerdo educativo, continuo de relaciones, evento sociológico, cotidianeidad, expectativas.

1. Introducción: La necesidad de un modelo

El anhelo de no caer en la informalidad cuando se trata un tema que educativamente es “no formal”, el de los jóvenes y los campamentos de verano, nos sitúa en la necesidad de estructurar metodológicamente las reflexiones, de partir de un modelo y de un tipo ideal al estilo Weberiano, como una forma de acercarnos a la realidad.

Lo que vamos a exponer no pretende ser un manual de organización y planificación de actividades para jóvenes, materia ampliamente tratada en la bibliografía sobre campamentos. Tampoco es la descripción de una experiencia concreta, otra de las recurrencias. Nuestra intención es sistematizar la experiencia y abordar el fenómeno de los campamentos desde su dinámica interna (1).

La acción es inherente a la vida campamental, hay un dinamismo, un movimiento de relaciones interdependientes que constantemente irán determinando la actividad. Conscientes de esta originalidad como característica de los campamentos, es metodológicamente adecuado aceptar que la estructura planteada en el pre-campamento (en la planificación) no va a cumplirse íntegramente. Elementos diversos como las características del grupo de acampados, el conocimiento mutuo del equipo de monitores, los fallos imprevistos de la instalación o la variabilidad de la meteorología, nos obligarán a cambios en el *hic et nunc*, en el aquí y ahora de la actividad. Por eso creemos importante apoyarnos en un modelo, no tanto como guía teórica perfecta y cerrada (que cada educador no formal adopte las técnicas y las tácticas que la experiencia y el sentido común le dicten), sino como construcción de un guión en el que basarnos cuando llegan las decisiones más comprometidas. Dotemos así de cierto valor a nuestras acciones en el tiem-

(1) Una buena lectura a este respecto es “Contra viento y marea: la vida cotidiana en campamentos y colonias” Sebastà Mari. (1996) Binissalem. Illes Balears.

po libre con jóvenes, contando con elementos desde donde evaluar, y arrancando un mecanismo para situarnos en la evolución de un campamento.

Este texto puede ser un modelo, posiblemente no será el mejor, pero, como simple selección de lo que funciona y de lo que no en una dinámica grupal, en y desde el divertimento de los jóvenes, directamente relacionado con un proyecto educativo, nos permite aprender, evolucionar y perfeccionar. Y esto, es válido para cualquier modelo campamental.

Siguiendo a Josep M^a Puig y Jaume Trilla, consideramos el campamento un micromedio, es decir, un espacio reducido que constituido formalmente, ofrece ocupaciones particulares y especializadas a sus usuarios (2). A partir de esta definición, general pero esencial, desgajaremos breve y sintéticamente, los anclajes de nuestro canon. No queremos resultar petulantes al titular los siguientes ítems como “carta a un joven monitor (3)”:

- En un campamento se pone en marcha (de forma premeditada o inconsciente) una metodología de proyectos. Se trabaja desde la consecución de un objetivo común, hay un proyecto que comparte un equipo de trabajo y en el que se apoyan constantemente a la hora de decidir, sobre la marcha, cómo se hacen las cosas. Así, hay un continuo, y finalizada la actividad, una posible evaluación de todos.

- Los elementos educativos de la cotidianidad pasan por la creación de un universo simbólico propio, y por tanto, de creación de cultura.

- Los y las jóvenes desarrollan una evolución en la relación con los demás acampados. La estructura, la programación y las actividades van encaminadas a este objetivo de crear comunidad.

- Todos y todas los que participan en él, tienen o adquieren un rol significativo.

- Corto pero intenso, no acudas a un campamento con pocas energías ni te dejes ninguna por gastar al finalizarlo.

- Planificar y preparar la actividad es no caer en el activismo, nunca habrá pocas actividades para un grupo de jóvenes.

- Hacer un campamento es hacer un equipo de trabajo en torno a una idea y en torno a una persona. Crea bien el grupo de monitores, debes tener amigos en quien confiar en las dificultades.

- El trato con los/as jóvenes es el estilo que dota de sentido al proyecto educativo.

- Se convive trabajando y se trabaja conviviendo, el horario de los animadores es de 15 días seguidos 24 horas al día.

- La sensación de que el joven viva en una comunidad peculiar, es un objetivo invariable por las temáticas.

- Afinemos la intuición. En un campamento vas a leer todos los días el periódico de las relaciones humanas frente a hechos compartidos.

- Prepara todos los porqués que tengas sobre las acciones, la palabra es la herramienta fundamental del monitor.

- Demostrar que el adulto también fue niño, es uno de los objetivos de todo campamento.

(2)
Puig Josep M^a y Trilla Jaume.
(1987) “La pedagogía del ocio”
Ed. Alertes, Barcelona.

(3)
“Cartas a un joven poeta”.
Rainer Maria Rilke.

Para no confundir a los lectores, hemos de aclarar que usaremos indistintamente las palabras campamento, colonias, y actividad (esta última dependiendo del contexto), para referirnos a lo mismo. De esta manera, utilizaremos acampado/a, participante y joven (también este último dependiendo del contexto), para nombrar el mismo concepto. Y por fin, los vocablos monitor/a, animador/a y educador/a, serán la misma figura en todo el artículo.

2. Elementos influyentes en la dinámica interna campamental

Antes de desgranar y reflexionar sobre las interacciones que se dan en el día a día de nuestro campamento ideal, y de profundizar en su dinámica interna, debemos fijarnos en aquellos aspectos que, si bien los podemos considerar exteriores o previos al inicio y al espacio de la actividad, influyen, y muchas veces determinan, el tipo de situaciones e interacciones que nos encontraremos. Así, variables como entorno e instalación, expectativas o perfil de los acampados, serán elementos, muchas veces imprevistos, que modificarán tanto la programación como nuestra forma de actuar en la vida cotidiana. Nos los podemos encontrar o no, pero en todo caso, es mejor verlos venir.

Acerquémonos a estas variables, sabedores de que abrazamos a una ballena, pues, evidentemente, no están todas como no hay dos circunstancias idénticas. Pero sí una representación de aquellos factores o aspectos que se repiten en el tiempo y que merecen conocerse. Realmente vamos contra la inmovible esencia de la vida campamental; surgirán problemas, se revelarán trampas, que necesitarán de soluciones y capacidades improvisadas y espontáneas. No lo olvidemos.

El entorno del campamento: Paisaje y paisanaje

Las relaciones vecinales y la utilización de los recursos del municipio; paisaje y paisanaje, son una actividad más del director de la colonia. Y es que el entorno, rural o urbano, debe ser un aliado en las diferentes situaciones, dificultosas o ventajosas, que nos podemos encontrar.

Como instalación, nuestro campamento ideal se integra en la comarca siempre de forma beneficiosa para esta última. No es muy difícil hacer ver el provecho económico que puede suponer para una población la estancia estival de grupos de jóvenes. Muchas veces, es una relación pactada de manera informal; podemos distorsionar o molestar, pero dependiendo de los casos, también podemos mejorar la economía y revitalizar un lugar.

Lo importante es que el entorno nos vea como un vecino más, que estemos integrados, que más allá de los meses de verano, nos interese por participar en la vida de la comunidad. Antes y después de una salida, excursión o pedanía, es conveniente hablar con los vecinos de la zona y las autoridades. Es muy importante que en estas actividades el grupo se comporte especialmente bien; nos jugamos la visión que se tenga de nosotros como institución y la posibilidad de repetir o no la experiencia. Hay por tanto, un trabajo de concienciación a los jóvenes; vamos a salir del campamento, ya no estamos en nuestro recinto conocido de juegos continuos y ambiente distendido, vamos a conocer y a disfrutar, pero sabiéndonos, en cierto sentido, invitados. No es necesario advertir la relevancia de nuestras acciones, si, en algún momento, nos vemos en la obligación de pedir ayuda o colaboración.

Educación o terapia: las expectativas y el elemento social

Una de las características más prodigiosas de los campamentos, consecuencia de la intensidad de la experiencia, capaz, por sí sola de educar a través del recuerdo (4), es el amplio abanico de expectativas que surgen en el imaginario de padres y participantes directos,

Objetivamente, existen muy pocos condicionantes externos sobre la actividad y sobre la forma de ejercitar la animación. A diferencia de la educación formal, donde parece muy claro qué se debe hacer en una clase; el educador entra en un aula donde los educandos están ordenadamente sentados y pre-dispuestos a escuchar, la lección se explica lo más claramente posible, se resuelven las dudas, se hacen ejercicios... Todo el mundo se puede imaginar de forma nítida una clase. En las colonias, las exigencias externas (además de las pertinentes legislaciones) no pasan de unos mínimos de seguridad, higiene, respeto y control. Las familias se interesan, evidentemente, por el bienestar de sus hijos, sin embargo, nunca preguntan por la cantidad de juegos que se saben los monitores, ni por la capacidad narrativa que tenemos contando historias o por las pruebas que habrá en una gymkhana. De este modo, al sumar el carácter mítico o legendario de los campamentos con el relativamente lógico desconocimiento de la actividad propiamente dicha, nos encontramos con expectativas deslumbrantes sobre la dinámica y su impacto en el participante. Algunas, que no tienen por qué ser las más o menos difíciles de conseguir o las que requieran una especialización de los educadores, se acercan más a la realidad: que haga amigos, que haga ejercicio, que aprenda algo, que se lo pase bien, que descubra un talento... Otras, las menos, adolecen de osadía dependiendo del caso: si en casa o en la escuela no lee, que lea todos los días; si es conflictivo, que se tranquilice; si ha sufrido algún infortunio, que lo supere en 12/15 días de campamento. En fin, expectativas que nos ayudan a comprender que, de alguna manera, la idea de campamento como medio educativo, a pesar de ir mutando hacia mero entretenimiento, hacia tiempo libre, sigue habitando en la comunidad.

No sabemos si continuarán estas atribuciones externas (de nosotros depende), pero es evidente que en un campamento se “aprenden cosas”. Esto dicho así, desde la humildad, las generalidades y el realismo, es tan fácilmente realizable y demostrable, dado el andamiaje de la actividad, que no lo vamos a tratar aquí explícitamente por falta de espacio.

Si bien la dinámica grupal como metodología, limita hasta cierto punto el trabajo individual con aquellos jóvenes que demandan un tipo de aprendizaje específico, no debe ser esta la razón, o la excusa, para vaciar de contenido educativo la relación monitor – acampado. La educación no formal, realmente origen de la actividad, ha teñido, y luego definido, a los campamentos mucho antes de que se desarrollara dicho concepto. Y es que es el propio grupo, dinamizado por el animador, el que mediante su estilo y proyección, ancla las bases para la modificación actitudinal y el aprendizaje. Ahora bien, de aquí a lo que llamamos terapia hay un paso que no podemos dar. Los monitores no pueden jugar a ser psicólogos, y el campamento, como recurso de ocio creativo, alternativo, por usar una palabra de relativa actualidad, no es el mejor sitio, si hablamos de eficacia, para que los servicios sociales lo integren en su guía de recursos. No estamos diciendo que no se puedan hacer campamentos con jóvenes con necesidades educativas especiales; hay colonias de verano que los mismos que las promueven las denominan de integración y que funcionan muy bien, donde grupos de jóvenes con diferen-

(4)
Puig Josep M^a y Trilla Jaume. Ob
cit. (1987)

tes capacidades o discapacidades, de distinto estrato social y dispares pautas de crianza, conviven, aprenden y se divierten juntos. Eso sí, su organización, el número de profesionales y formación, las actividades, las instalaciones o temática, vienen determinadas por una especificidad, ya sea física, psíquica o social. Un campamento que no esté diseñado bajo estas premisas, tiene que trabajar, por ratios y dinámica, con grupos de jóvenes relativamente homogéneos.

Si no es así, y si de un verano para otro, o de un mes para otro, queremos hacer de nuestra actividad un modelo de integración más allá del tratamiento educativo de la cotidianidad, es muy probable que fracasemos en lo primero y dificultemos lo segundo. Tiene que haber un proyecto, tiene que haber una reflexión y tienen que haber unas condiciones.

Un campamento ayuda al desarrollo personal, sirve para adquirir ciertas habilidades sociales, mas sus profesionales no suelen estar (digamos generalmente) capacitados para diagnosticar sus carencias o disfunciones, por lo cual, el nivel de conocimiento que un monitor obtiene sobre los miembros del grupo, no le autoriza a hacer suposiciones gratuitas. En este sentido, deberíamos ser muy cuidadosos con la nomenclatura utilizada. Dicha nomenclatura, claro que nos facilita el entendimiento, pero puede llegar a conformar una idea irreal al modular el lenguaje nuestro pensamiento. En una charla entre monitores podemos escuchar: “ese chico es introvertido”, o, “a esa chica no le gusta jugar”, cuando, posiblemente, se debería decir: “mantiene una actitud introvertida”, o, “no le han gustado los juegos”. Puede parecer formalmente exigente, pero es una buena herramienta para no encasillar a los jóvenes y escaparse de atribuciones ligeras que marquen la interacción.

Encuentros previos y perfil de los participantes

Los encuentros previos son reuniones relativamente formales, donde el o la responsable de la actividad informa a los padres y a los/as jóvenes participantes sobre las actividades, instalaciones, horarios, viaje, datos de interés, etc. Cada vez con más soportes tecnológicos (vídeos o imágenes proyectadas), sirven para mostrar dónde van a dormir y convivir los acampados.

Normalmente, hacia el final de la reunión, se resuelven dudas y se acogen sugerencias. Esta es la parte más interesante del encuentro y cuando podemos dejar muy clara cuál es nuestra propuesta lúdica y educativa, el momento idóneo para explicar cómo y por qué haces lo que haces. Te puedes adelantar a ciertos acontecimientos como robos o pérdidas, comportamientos inadecuados o utilización de aparatos telemáticos, comunicando, al mismo tiempo, procedimientos y formas de actuar. No es necesario adjuntar ejemplos, estas reuniones deben ser una forma de anticiparse a los problemas, de esbozar el perfil de los/as acampados/as y de atender algún caso especial. Pero, como reflejo de los cambios generacionales (un elemento indudable para explicar parte de la dinámica interna), el campamento tiene ciertas herramientas organizativas que hacen de espejo (alguno diría radiografía) de los/as jóvenes y la sociedad. Y este encuentro, como una herramienta más, tiene en la posible recopilación de fichas médicas, el formato de su reflejo social. Si comparamos las actuales con las que leíamos hace cinco o siete años, vemos que se parecen tanto como los *Episodios Nacionales* a una hoja parroquial. Un síntoma, tanto de la paulatina profesionalización de la actividad, como de un cambio en las características de las jóvenes generaciones.

Sin entrar a valorar las causas o consecuencias de significativas modificaciones en un corto espacio de tiempo, diremos que las alergias son ahora los procesos más prevalentes en el total de las fichas, mientras que los trastornos alimenticios, por sus connotaciones sociales, los que más se comunican de viva voz por parte de los padres o madres. No ya como enfermedad, sino como especificidad a tener en cuenta. Información muy valiosa que si no es por este contacto directo y previo, tendríamos que saber intuirlo durante la actividad. Ya hemos hablado de la idea de campamento como medio educativo opuesto al concepto de terapia, si desde lo primero colaboramos en lo segundo, ya habremos hecho mucho

Cabe subrayar el perfil y las particularidades de grupos provenientes de empresas o ayuntamientos. Como colectivo, pues todos los participantes comparten algo en común, los jóvenes pueden hacer valer la intermediación de la institución, así, las propuestas y el peso de las inquietudes individuales, parecen sobrepasar el caso aislado al posibilitarles la centralización de las demandas. Es un modelo que permite la supervivencia de las empresas de campamentos, cada vez se trabaja más sólo con grupos de jóvenes que se apuntan a la actividad a través de entidades. De hecho, nos atreveríamos a decir (otro síntoma que nos habla de los campamentos como parte del bienestar social) que la llamada “convocatoria libre” o individual, tiene tanto futuro como los campamentos de quince días; económica y socialmente, son muy “poco rentables”.

La instalación: Lugares comunes, lugares peculiares

Sin hacer referencia a las normas legales sobre instalaciones de campamentos (éste sigue sin ser un artículo de planificación y organización de colonias de verano), vamos a imaginar la instalación de nuestro campamento ideal. Fogueadas a las características de la dinámica interna de la actividad cotidiana, las siguientes sugerencias son aproximaciones y ejemplos a los que cada uno puede darle la forma que quiera.

La actividad campamental necesita de lugares míticos, instalaciones peculiares que simbolicen un pasado, estancias que desplieguen connotaciones propicias para lo fantástico: una cabaña de formas peculiares o pintada de un modo especial, un tipi indio pertinente para las narraciones orales, restos en buen estado de una locomotora o barco que sirva de zona de juegos. Espacios que den un sentido o a la temática del campamento o a ciertas dinámicas.

Saltamos al lugar de reunión de los monitores, un espacio para reunirse y trabajar, y donde, si no es por alguna actividad concreta, no tienen por qué entrar los acampados. No hablamos de una zona de descanso con un sofá y ceniceros, no, hablamos de un lugar de trabajo. Cuando un monitor está muy cansado (algo que suele ocurrir en una actividad que dura las 24 horas de unos 12 días seguidos), se va a descansar a su tienda o cabaña. Ya lo sentimos, pero eso de tener una hora libre estipulada e irte a fumar o a ver la tele a una sala, no es un campamento, es una forma de decir que no nos gustan ni los jóvenes ni la vida al aire libre. Y si nos vamos a poner substanciales en algún momento del artículo, que sea ahora; no está mal que en un campamento no haya un lugar “especialmente cómodo” a no ser que sean los dormitorios y el botiquín o enfermería. El cuerpo se hace al aire libre, a comparar espacios, al mobiliario campamental integrado con la naturaleza. Afilamos la inteligencia cuando tenemos que buscar la comodidad en el medio, cuan-

do no nos viene establecida, es nuestra capacidad adaptativa inherente al ser humano. Gustamos de escuchar a animadores/as o acampados/as: “yo me levanto rápido y me ducho más tranquilo”, o, “me fabrico una almohada con la chaqueta en el vivaqueo”. Es un aprendizaje más.

Tiendas o cabañas. Defraudando a muchos; dos tercios que esperan que continuemos con el tono del párrafo anterior para llamarnos irreales, y un tercio que nos reputará de aprensivos, no entraremos a defender las tiendas de campaña como la esencia de los campamentos. Para determinados lugares y circunstancias, nos parecen tan buenas como las construcciones (cabañas o albergues) y viceversa. Lo que sí queremos recalcar, y que afecta directamente a la dinámica interna, es la distribución de los y las participantes en las estancias donde dormirán, ordenarán las pertenencias y, aunque no sea la intención, pasarán horas de charla y juegos durante el “tiempo libre” de la actividad. Lo ideal son habitaciones de 5 a 8 personas, así, la evolución relacional (de la que hablaremos más adelante) del joven parte de un núcleo de confianza. Además, si las edades no están bien diferenciadas en la actividad, evitamos, por poner un ejemplo, que el/la acampado/a de 12 comparta con el/la de 17 un momento tan afiladamente socializador como el de la noche campamental.

Pasamos al foro, al lugar de encuentro. Enclave a mitad de camino para reunir a los/las acampados/as, hacer juegos y localizarse. Si la instalación mítica era lo poético, este espacio es lo prosaico.

Para terminar, nombraremos el espacio donde prende la magia: el fuego de campamento.

3. Dinámica interna: ¿Cuántos campamentos hay en un campamento?

Nos adentramos en el análisis de las partes que componen la dinámica interna del campamento, una reflexión sobre las fuerzas que protagonizan el movimiento cotidiano campamental: Las actividades o los grupos, el equipo de monitores o la estructura de la cotidianeidad.

Los grupos

Los elementos de un grupo están definidos por roles y normas, estatus, control, atracción y comunicación. Que en el campamento cada participante esté mejor o peor, que aprenda más o menos, que se divierta o no, depende, en gran medida, de su posición e interacción con los compañeros/as en la vida comunitaria. Y es que los grupos en los campamentos, son la materia con la que trabaja un/a monitor/a, y estos, deben plantearse como si fueran entidades con vida propia.

La unidad que representan en la actividad depende de su intensidad y temporalidad, en cambio su personalidad, nos viene dada por el interés que generan los miembros que lo forman. Del mismo modo que una ciudad, un campamento es vida en comunidad dividida en grupos, donde cada uno de ellos siempre es más que la suma de sus individuos, y el campamento entero, tiene una personalidad más fuerte y definida que la suma de los grupos que lo forman.

Normalmente los jóvenes son vistos en masa, están acostumbrados a un discurso clasificatorio y, en muchas ocasiones, manifiestan sus quejas porque no se identifican con lo que de ellos se dice. En grupo, al producirse una

dilución de responsabilidades, la personalidad de cada joven parece más afilada, y a veces, nos hace pensar que son más indiferentes, más revoltosos o menos reflexivos de lo que en realidad son. Esta visión deformada, ayudada por la inclinación que tenemos a contextualizar a los y las jóvenes desde el pandillaje, desde la clase; desde lo grupal, es una tendencia que en muchas ocasiones nos impide hablar con ellos de tú a tú, ya que existen visiones sesgadas y prejuicios por ambas partes. Normalmente la diferencia de edad entre los/as monitores/as y los/as adolescentes acampados/as no es muy grande, facilitando uno de los objetivos que nos planteamos a la hora de formar un grupo: conseguir que sus miembros se vean reflejados, que se identifiquen. De esta manera, lo que digamos sobre el grupo también lo diremos sobre cada uno de sus componentes y ellos lo aceptarán.

El grupo recibe la personalidad de cada miembro, une todas y crea una propia que es devuelta a los que las aportaron. Se crea un proceso de retroalimentación, en el que sólo falta la capacidad o ganas de recepción para cerrar el círculo. Una vez iniciado implica diversión, amistad, expresión, responsabilidad o conciencia, cada integrante decide de forma personal a cuál de estas opciones se suscribe.

El abanico de edades y su número determinan los movimientos grupales y su formación. La idea de entender el campamento varía dependiendo de la posición de cada grupo de edad. Así, en una actividad con participantes de 6 a 17 años, el grupo de los más mayores sentirán más claramente la característica que mejor les define frente al resto, y posiblemente, asumirán su papel si el monitor sabe aprovecharlo.

Las tipologías de grupos hechas desde las diferentes ciencias sociales son muy variables. En el clásico manual *"Introducción a la sociología de grupos"* nos encontramos con una clasificación (5) que tiene en cuenta la cantidad de personas, la intencionalidad de los miembros, y el grado de filiación hacia la entidad en cuestión. Otras clasificaciones añaden factores como el nivel económico, la posición geográfica o cuestiones más actuales como el acceso a las nuevas tecnológicas.

Una clasificación de grupos para un campamento depende de aspectos cuantitativos y cualitativos. Los primeros conforman el grupo físicamente, son el tamaño, la edad y la temporalidad. Los segundos lo dotan de una identidad reconocible, de un grado de interrelación entre los miembros, del nivel de participación o de la capacidad para integrarse en otros grupos, pero también nos hablan de su creatividad, forma de organizarse y otras cuestiones más sencillas como la rapidez para moverse o guardar silencio.

Por nombrar alguno: grupos de comida, esporádicos, de actividades, grupos de dormitorio o grupos de edad.

¿Por qué es beneficioso integrarse en distintos tipos de grupos?

Para conseguir que un/a acampado/a se lleve una vivencia plenamente satisfactoria, debe pasar por distintos grupos y diversas etapas, compartiendo experiencias con gente diferente. En muchas ocasiones los y las adolescentes no son conscientes de esto, piensan que lo mejor sería tener tiempo libre durante la mayor parte del día. Sin embargo la experiencia nos dice que cuando hay un exceso de sesteo, los jóvenes se aburren. Un campamento implica actividad y vida en grupo, y si ésta es buena y está bien dinamizada, no puede haber nada mejor.

(5)
Schaefer, Bernhard (1984)
"Introducción a la sociología de grupos". Ed. Herder. Barcelona, pp 28-31

Si nos paramos a pensar con cuánta gente nos relacionamos en nuestra vida cotidiana, nos encontramos con la familia, la pareja, los amigos, los compañeros de trabajo, los vecinos, grupos de conocidos, familia extensa, organizaciones... Vivimos rodeados e integrados en grupos. Un campamento hace lo mismo, rodea a la persona de grupos con distinta intensidad, algunos son obligados y otros voluntarios. La reproducción de la vida cotidiana en un contexto campamental ayuda a los adolescentes a comprender cómo son las cosas normalmente, pero, en una esfera más reducida y manejable.

El campamento como universo juvenil

Definir la actividad campamental como micromedio y universo simbólico, no basta para explicar ciertas peculiaridades de su dinámica interna; es ineludible precisar, como determinante de las relaciones, la característica fundamental de la inmensa mayoría de las personas que lo hacen posible: "el universo juvenil". Evidentemente, jóvenes (y niños/a) son los/as acampados/as; jóvenes son los/as animadores/as, los y las responsables directos de los y las primeros/as, los y las que, en definitiva, pasan más tiempo con ellos/as, y, relativamente jóvenes, también son los/as coordinadores/as y directores/as de campamento. Si sumamos las edades de un/a participante adolescente (16 años), de un/a educador/a o monitor/a (22 años), y de un/a director/a de la actividad (34 años), no llegamos, ni de lejos, a una vida.

Este factor, inherente a la actividad, es lo que permite que en muchas ocasiones el equipo de monitores supere dificultades e imprevistos, se lleven a buen término actividades a pesar del cansancio, se trabaje por inquietudes e ideales, o que, porque también es importante, sobre esa chispa de arrebatos que hace no perder la ilusión y la sonrisa. Estas son las luces de una dinámica interna incitantemente juvenil; las sombras, que las hay, tienen que ver con la intensidad de la experiencia, los sentimientos y las pasiones que se puedan llegar a despertar. Aquí un equipo maduro (no digo con más edad) es más eficiente.

Las relaciones entre los/as monitores/as pertenecen a un plano de la realidad diferente del de la actividad programada, es otro campamento, que si repercute en el de los/as acampados/as, lo ideal es que sea de forma beneficiosa, como exhibición y ejemplo de felicidad y maneras de relacionarse. Los y las jóvenes reproducen nuestros comportamientos y copian los modos de acercarnos a los demás, el ejemplo, se convierte en otra herramienta educativa más.

Cualquier equipo de trabajo es más que la suma de actitudes y aptitudes de cada miembro. Más completo y competente será, cuantas más cualidades ponga en acción: la animación, la escucha, la reflexión, la diversión, el físico,... Cada rol es importante y cumple su función en un fenómeno poliédrico como el de la dinámica campamental. Las posibilidades de los/as animadores/as como educadores/as, tiene en la relación con el/la acampado su mayor rédito; es el espacio de los aprendizajes más significativos. Con un rol social flexible, adaptable y siempre asociado a lo lúdico, es fácil valerse de las ventajas de lo no formal para controlar o evitar situaciones conflictivas. Quizá por esto, la figura del monitor sufre en ocasiones distorsiones en su percepción por parte de los y las participantes. No es extraño que algunos (en el caso de niños pequeños) los vean como sustitutos de sus padres o madres, otros los confundan con un policía, o que piensen que son profesores o psicólogos.

Búsqueda de autonomía de los adolescentes

Los/las adolescentes buscan su autonomía personal en el tiempo libre, junto a su grupo de iguales, pelean (como lo hicieron las generaciones anteriores) por ganarse momentos de experimentación de un poder autónomo respecto al mundo de los adultos. En los campamentos, esta búsqueda se traslada, en alguna ocasión, a los intentos de hacer lo que no pueden de vacaciones con sus padres. Nos referimos a reasentar sus hábitos de tiempo libre de fin de semana a 15 días con sus amigos, porque los comportamientos relacionados con la exaltación del ocio institucionalizado, lo que hace más de medio siglo George Devereux denominó “trastorno étnico” (6), no se crea en los campamentos. Cuando un reducido grupo de jóvenes es descubierto consumiendo tóxicos tras las actividades, debemos suponer que no es la primera vez que lo hacen.

Esta dinámica de búsqueda de autonomía por parte de los adolescentes, es una de las relaciones y uno de los trabajos más interesantes, dado su marcado carácter educativo, con el que se puede encontrar un/a monitor/a. Si bien la autogestión y la participación activa del joven en su tiempo de ocio, pueden y deben ser uno de los objetivos del proyecto educativo, las propuestas y las acciones por parte de los adolescentes, deberán, asimismo, ser pertinentes con el espíritu del proyecto y sus premisas educativas. Es interesante que el grupo de acampados/as lo viva como un proceso de equilibrios y diálogos, donde (y aquí entra en juego nuestro oficio), si las interacciones son significativas, el ambiente es de confianza y la actividad es estimulante, el grupo tomará como propio aquello que hemos intentado transmitir al mismo tiempo que se divertían.

Esto no evita, que se pueda producir una situación donde sólo el conocimiento, como experiencia sedimentada, y la intuición, como velocidad punta de la inteligencia, le haga saber al educador/a cómo se va a comportar un grupo en determinadas circunstancias.

La Actividad

De forma estructurada, como tarea cotidiana, o como encuentro espontáneo en un espacio de convivencia donde los grupos están en continuo movimiento, la acción es la reina de los campamentos, la llave que abre la puerta al aprendizaje, teje en su seno el estado festivo como transfiguración de la vida social en pública (7) y se concreta en juegos. Es el espacio natural del monitor, donde se demuestra su fuerza dinamizadora.

Sin querer descubrir el Mediterráneo, diremos encantados que jugar llena la vida de contenido más allá de la productividad, es un fin en sí mismo que fomenta la imaginación y mejora las capacidades físicas y mentales, estimula la perseverancia y enseña a ganar y a perder. Pero, sobre todo, divierte, y éste es el objetivo del que dependen todos los demás. Si no conseguimos entretener, disfrutar y hacer reír a los y las jóvenes, no les podremos enseñar nada porque no nos escucharán.

Una programación por objetivos donde las actividades significan tanto por su contenido como por su posición respecto a las demás, es lo que permite en el campamento hacer muchas cosas sin caer en el activismo. Debemos saber qué vamos a hacer, por qué, cómo lo vamos a hacer y antes o después de qué. Esta es la diferencia entre una actividad intensa y coherente, y un discontinuo de juegos inconexos que no reflejan realmente la temperatura

(6)
Comas, Domingo. (2000)
“Agobio y normalidad: una mirada crítica sobre el sector ocio juvenil en la España actual”
Revista estudios de juventud nº. 50 INJUVE. Madrid.

(7)
Gil Calvo, Enrique. (1991) “Estado de Fiesta” Espasa-Calpe, S.A., Madrid.

anímica del grupo, y que, por tanto, son muy difíciles de evaluar. La evolución relacional de los participantes y su apertura a los demás, se facilita a través de esta forma de proyectar, escalonando sus relaciones del pequeño grupo de los compañeros de habitación o tienda, a la gran actividad con todo el campamento, pasando por los grupos de edad. Ahora bien, dada la voluble naturaleza de los campamentos, depende de las posibilidades que tengamos de intercambiar o modificar las actividades, sin trastocar sus consecuencias relacionadas con nuestro modelo e impacto en la dinámica, el que podamos o no sortear los infortunios o cambios inesperados con cierta normalidad. Debemos ser flexibles, estar dispuestos a hacer papiroflexia con la hoja del planning.

Parece fácil, pero si a esta actitud y metodología aún le sumamos la experiencia, todavía es posible caer en las prisas y el parcheado de ir solucionando urgencias, que exigen una actuación inmediata. Un angosto pasillo en cuesta donde nos valemos de cualquier cosa para que la actividad salga adelante, sin importarnos algunos objetivos o elementos básicos asociados a la convivencia y a la vida en grupo. Estamos cometiendo un error y es bueno saberlo; antepone el activismo al modelo educativo y, como un campamento no para nunca, es un continuo donde todo afecta a lo siguiente sin pausas, hay situaciones, prácticamente horas, en las que sólo podemos correr y esperar el momento adecuado.

La rutina campamental

Las rutinas son la plataforma socializadora de nuestro micromedio, donde el campamento se hace tratamiento educativo de la cotidianidad (8). Los campamentos se componen, siempre en grupo, de las situaciones propias de la vida cotidiana, por lo tanto, podemos intervenir en aspectos adonde no llegan otras instituciones educativas si exceptuamos la familia o los internados (9). Del mismo modo que los juegos son un medio para educar en valores, las comidas, la higiene o el cansancio, como rutinas sistematizadas; como actividad, nos permiten la educación en hábitos saludables de vida.

Bien organizado, el momento de las comidas debería servirnos para transmitir aprendizajes relacionados, tanto con los buenos modales en la mesa, como con la cultura de una dieta equilibrada. Si la instalación nos lo permite, que los y las jóvenes participen, de forma rotatoria, de las tareas asociadas al comedor (poner y quitar la mesa, fregarse el plato...). Para crear el sentimiento de grupo al que aludíamos antes, es bueno que todo el campamento empiece y termine de comer a la vez.

Otra de las grandes cuestiones rutinarias es la higiene, el aseo personal y el cuidado y mantenimiento de las estancias, lo que antes se llamaban las tareas comunes, que, envueltas en aspectos lúdicos, pueden ser un juego más del campamento. La vida en naturaleza y el cambio de ambiente; el agua que se bebe, el baño en un lugar inadecuado o la inspección de un bosque, pueden convertirse en pequeñas molestias físicas para los/as acampados/as. Vigilar y cuidar la higiene en toda actividad campamental, es una tarea cotidiana que atañe a todos los miembros de la comunidad.

Hay otros ejemplos, más íntimamente ligados con el equipo de monitores, que se pueden considerar propios de la dinámica interna como rutinas. Tenemos espacio para contextualizar dos: el cansancio y las reuniones. El

(8)
Puig Josep M^a y Trilla Jaume. Ob
cit. (1987)

(9)
Puig Josep M^a y Trilla Jaume. Ob
cit. (1987)

primero está asociado a la actividad, encarna las enfermedades y las controversias entre los educadores. Dependiendo de las motivaciones y la profesionalidad, tiene que ver más con el carácter que con el estado físico, no así en el campamento de los/as acampados/as, donde es el reflejo de cierto desequilibrio programático. Un campamento cansado es aquél donde los pesos acción, descanso, felicidad e interacciones, no están bien compensados.

Final de una jornada (o comienzo de otra) para el equipo de animadores, las reuniones son el único encuentro y la única dinámica adulta de las colonias de verano. Modificar, planificar o revisar el día siguiente, debatir y aprender a través de la escucha activa, son algunas de sus funciones más obvias. Tiene otras, también es momento para la distensión mediante relaciones simétricas entre jóvenes. Lo importante es que cada reunión viene determinada por lo que va sucediendo día a día, realmente no se pueden planificar de antemano, hay que “leer el partido” del campamento y decidir qué reunión y cómo se debe hacer.

El trato en la actividad no estructurada: El estilo

Acierta de lleno Agustí Béjar cuando señala en otro artículo de este mismo monográfico (dedicado al progreso personal en los adolescentes), la importancia de los momentos de “actividad no mediatizada”, afirmando que se ha encontrado con pocos monitores que desaprovechasen tan “básico momento” para estrechar lazos y establecer relaciones espontáneas.

Creemos que la dinamización hace buena una programación, y, por encima de esta última, está el trato, el estilo; la forma y el cómo interactuamos con los jóvenes. La gran actividad estructurada es la puesta en escena que se queda grabada en la retina, pero son las conversaciones distendidas, el encuentro diario, los consejos y las confidencias tras la actividad, lo que deja ese hondo poso en el joven que origina la experiencia memorable: el poder educativo del recuerdo. Las vivencias y las relaciones generan por sí mismas alguna clase de influjo educativo, “es como prolongar a través del tiempo la proyección formativa de los actos y de las situaciones, que ya en su momento habían producido efectos de educación” (10).

El monitor es un relojero que pone en hora unas manecillas invisibles, no sabe cuándo, ni dónde, su comportamiento y forma de relacionarse harán saltar la alarma educativa en forma de recuerdo. Confía en su tacto, y aunque se sabe pequeña pieza dentro del mecanismo, comprende que muchas veces no sea reconocido porque ya no está, cuando puntual, su labor surte efecto.

La intensidad de la actividad cincela ciertos recuerdos que se mantendrán siempre en los resortes de la memoria, también impone una digestión lenta. En un primer momento el acampado responde con monosílabos a las preguntas acerca de la experiencia y los hechos vividos. Poco a poco, va verbalizando los juegos y las situaciones, los nombres de los amigos o las aventuras, al mismo tiempo que se hace consciente de ello. Y así estará un tiempo relativamente largo: es el poscampamento. Si un recreo descansa y una clase magistral descubre, un campamento se cuenta. Por eso no es bueno que los y las jóvenes realicen dos actividades seguidas, se desborda el contenido del continente emocional, el recuerdo como elemento educativo, pierde su espacio de acción.

(10)
Puig Josep M^a y Trilla Jaume. Ob
cit. (1987)

4. Evolución de la dinámica interna campamental: Metodología de proyectos

En nuestro afán por sistematizar la práctica, como un ejercicio de confrontar conocimientos relacionados directamente con la dinámica interna de cualquier actividad grupal, buscamos formas de trabajo en equipo que se puedan comparar al de los campamentos. Ejemplos desde los que poder explicarnos e intentar objetivarlos, para reconocer mejor el qué y el porqué de las acciones. Las características más coincidentes de las referencias examinadas (rodaje de una película, organización de una vuelta ciclista por equipos, gira de una banda de música...), casi siempre se anclan en la metodología de proyectos, esto es, en una finalidad compartida que es el contenido y el motor de las relaciones de un grupo que se torna equipo. En todas ellas hay una evolución que, misteriosamente, y gracias a esta metodología de desarrollo, hacen que vivamos el total y el proceso como algo más que la suma de las partes. Ambicionando este efecto cognitivo, parecido al de leer un poemario sin pausas, vamos a terminar este artículo con una postal en movimiento remitida desde nuestro modelo ideal.

Todo comienzo y todo final son dinámicas especiales, donde hay que andar más despierto y con más cuidado porque pisamos el frágil terreno de las transiciones. Desde este punto de vista, el acogimiento es la forma de acelerar dicho impás, de hacer saber al participante que se adentra en una comunidad peculiar, y que, por tamaño y acción, es cómoda y habitable a sus necesidades e intereses. También que está por hacer, que hemos limpiado las señas de identidad de la actividad anterior para que el joven protagonice y personalice el espacio. Así, cada grupo se encuentra con un campamento, que el último día será otro. Pero, ¿dónde están los límites, cuál es el pistoletazo de salida y la bajada del telón? Podríamos nombrar las dos actividades informales y nocturnas, que por sus mitos, efervescencia y consecuencias, pueden marcar todo un campamento: la primera y la última noche. (Pero, sigamos el guión)

La transición de entrada es puro nerviosismo, los primeros contactos nocturnos no mediatizados por la actividad estructurada, excitan a un grupo que, muy descansado, por fin está con sus iguales en el campamento.

Dado el primer paso, nos sumergimos en el micromedio. La actividad campamental se instala rápidamente, pasamos de hacer las cosas por primera vez, más lentas y con más explicaciones, donde el monitor tiene mucha presencia, a que sea el grupo, con sus peculiaridades, el que las vaya definiendo. El día a día es un engranaje fluido, los pequeños grupos se van formando, los roles se hacen nítidos, parece que la instalación se achica, que se nos queda pequeña: es el momento de salir de la instalación. Hemos construido, con dobleces precisos, un barquito de papel encima de la mesa, coloquémoslo con cuidado sobre el agua a ver cómo navega, descubramos el entorno y desenvolvámonos en la naturaleza. Una pedanía o un vivaqueo tras el primer tercio de la actividad (que no impide excursiones puntuales a la playa, a un pueblo,...) funda y funde al grupo, es el momento de las aventuras, del viaje dentro del viaje; andar por la montaña, descubrir paisajes, dormir al raso y compartir incomodidades. Como un ciclón, el grupo regresará al campamento ("a casa") más unido, con la satisfacción de haber superado, dependiendo del caso, pequeñas o grandes dificultades.

Llegamos al espacio de las grandes dinámicas de grupo, cuando, si lo hemos hecho todo bien, nos jugamos el mantener el nivel de diversión y de "buen

rollo” que hemos conseguido. No olvidemos que en una volata se gana (y se pierde) una carrera, estamos en el último tercio del campamento, cuando las relaciones son mucho más ricas y fáciles, nos movemos en un universo simbólico propio y creado. Si tenemos guardada alguna gran actividad, es el momento de realizarla, el momento de los fuegos de artificio. Lo más extraordinario de la programación disloca la rutina campamental y confunde a los grupos haciéndolos uno.

Nos acercamos al final, si nos ponemos de puntillas, atisbamos la última curva del camino. El esprín se va ralentizando por un aire melancólico que sin querer respiramos, aterrizamos en un breve pero intensísimo momento de cierta reflexión y evaluación grupal; en la última vez que hacemos cada actividad. La última comida juntos, preparar la mochila, la encuesta, la última velada nocturna como instantánea final. Todo apunta a las despedidas y al tono emotivo que conllevan, pero, no nos dejemos contagiar, el campamento no termina hasta que los jóvenes no llegan a casa, no descuidemos la última noche. Por su halo legendario de espacio donde “todo vale” porque acabamos algo, es un lastre de bromas pesadas o novatadas tan antiguo como desagradable, y aunque prácticamente ha desaparecido de los campamentos, debe poner a los/as monitores/as en alerta. Una mala experiencia, enturbia el trabajo de toda la actividad, contradice los objetivos educativos y reproduce los peores comportamientos de la sociedad.

Mucho más cansados que el primer día, nos juntamos una vez más en la última reunión del equipo de monitores, última reflexión en grupo sobre la actividad que sirve de evaluación. Aunque las sensaciones están muy calientes, es el momento de que todo el mundo participe y exponga su sincero parecer. Recogido en un documento, puede ser otra herramienta de trabajo sumado a la encuesta que se les pasa a los acampados. Sinceramente, no es fácil evaluar un campamento, las vivencias se confunden y los recuerdos se modifican inconscientemente, al fin y al cabo, hablamos de relaciones humanas y de observaciones subjetivas. Variables como un número alto de participantes repetidores, o el contenido de las preguntas abiertas de la encuesta, nos pueden ofrecer una visión realista. Quizá, lo mejor sea esperar a que días después, en el poscampamento, mientras los jóvenes acampados asimilan lo vivido a través del tamiz de la anécdota, aparezcan, entre sueños, situaciones, caras, nombres y paisajes, que hagan más lúcidas nuestras suposiciones. Tan limitado en el tiempo y tan intenso, el campamento, como sueño de verano, tiene una lectura eficaz en el duermevela.

BIBLIOGRAFÍA

- Marí, Sebastá** (1996) *Contra viento y marea: la vida cotidiana en campamentos y colonias*. Binissalem, Illes Balears
- Martín Adúriz, Fernando y Mellado Santamaría, J.L.** (1991) *Campamentos educativos ciudad del Nhorte. Ideas y propuestas* Fac Nhorte. Asturias.
- Fernández Olivares, Santiago** (1991) *El campamento como unidad educativa singular en España*. Tesina de fin de carrera. INEF. Madrid.
- Puig Josep M^º y Trilla Jaume**, “La pedagogía del ocio” (1987) Ed. Alertes, Barcelona.
- Schaefer, Bernhard**, “*Introducción a la sociología de grupos*” (1984). Ed Herder. Barcelona.
- Comas, Domingo**, “Agobio y normalidad: una mirada crítica sobre el sector ocio juvenil en la España actual” (2000) *Revista estudios de juventud* nº. 50 INJUVE. Madrid.
- Gil Calvo, Enrique**. “Estado de Fiesta” (1991) Espasa-Calpe, S.A., Madrid.

